

Santiago Gil a Santiago Gil

martes, 07 de agosto de 2007

Modificado el martes, 07 de agosto de 2007

La memoria de una presencia llena de energía

Por Santiago Gil García

Los homenajes, como la vida, son siempre azarosos. A veces llegan a tiempo y se disfrutan, otras veces no llegan nunca y de vez en cuando llegan cuando parecía que estaba todo perdido. No creo que nadie vaya por la vida soñando un homenaje, y el que lo hace lo más probable es que sea un engreído y un vanidoso que acabará como un petimetre y un pisaverde.

"La memoria de una presencia llena de energía"

Por Santiago Gil García

Los homenajes, como la vida, son siempre azarosos. A veces llegan a tiempo y se disfrutan, otras veces no llegan nunca y de vez en cuando llegan cuando parecía que estaba todo perdido. No creo que nadie vaya por la vida soñando un homenaje, y el que lo hace lo más probable es que sea un engreído y un vanidoso que acabará como un petimetre y un pisaverde.

A la vida se viene a vivir y a hacer lo que nos dejan para tratar de ser felices, y en la medida de lo posible, para irradiar esa felicidad a quienes nos rodean. Mi abuelo Santiago (Santiago Gil Cabrera, Santiaguito el de la bodega) vivió la vida tratando de hacer en todo momento lo que le gustaba. Y ahora, treinta años después de su muerte, nos hemos congregado en la Plaza Grande para recordarlo y homenajearlo. De entrada, hay que dar las gracias a la Corporación que preside Fernando Bañolas, y a la concejala de Cultura, Mary Carmen Mendoza, por propiciar estos milagros. Y sobre todo por abrir los actos del pueblo a la gente del pueblo, a todos aquellos que trabajaron duramente por sacar adelante a los suyos y por ayudar a engrandecer el lugar que habitaban.

Mi abuelo no descubrió ninguna fórmula química, ni escribió libros laureados, ni pasó por la universidad. Sin embargo, dejó huella y aún anda en la memoria de quienes le conocieron, o es una referencia para quienes nacieron muchos años después y ya sólo escucharon su nombre como parte del anecdotario guinense. Yo sí le conocí, a lo mejor pocos años, pero los suficientes como para que su presencia siempre se haya quedado presidiendo muchos de mis recuerdos de la infancia. Yo de niño lo veía como un hombre grandullón que imponía por su seriedad y su presencia. Pero luego aquel hombre se transformaba en mi cómplice de juegos improvisados, me elevaba a los aires fingiendo que me echaba a volar, o me acercaba a las jaulas para contarme la vida de cada uno de sus pájaros cantores.

Ya digo que mi abuelo, en apariencia, no era de los que hicieran prever homenajes, ditirambos o reconocimientos futuros. Sin embargo estamos aquí esta noche para recordar su vida y para devolverle parte de lo que él nos dio a nosotros. Queda en el tiempo, sin duda el gran juez inexorable que pone las cosas en su sitio, y dejó mil recuerdos y vivencias que le han ido sobreviviendo todos estos años. Raro es el mes en que al pronunciar mi nombre no doy con alguien del Norte que me relacione con él. Sobre todo entre la gente ya entrada en años. Sobre la marcha aparecen el olor de la carne mechada que tantos guinenses han guardado para siempre en sus pituitarias, los sonidos de su timble, las palomas mensajeras

que traían los resultados del Tirma, el Ajádar o la incipiente Unión Deportiva Las Palmas, los cientos de pájaros, los gallos de pelea y aquel mundo que quedaba guardado en la penumbra de una bodega que, quizás cuando ha cerrado, es cuando más se ha valorado por los miles de guenses que vieron pasar sus días entre tertulias y tocatas inolvidables. Y luego, claro, está el queso de Guáa.

La bodega, que espero que gracias a la iniciativa que comandan guenses de pro como Antonio Aguiar Díaz, Javier Estévez Domínguez o Sergio Aguiar Castellano pueda volver a abrir sus puertas, fue durante años uno de los lugares donde más y mejor se comercializó y se promocionó nuestro producto gastronómico por excelencia. Fue el esfuerzo de mi abuelo, y luego de mi padre y mi hermano, junto con el de otros empresarios de la zona como Arturo, Pineda o Augusto Álamo, el que mantuvo vivo y rentable un producto que por suerte está a punto de tener una garantía futura a través de la denominación de origen.

Pero Santiago Gil Cabrera también tomó partido en la vida política guense como concejal junto al inolvidable y destacado impulsor de nuestro pueblo, el alcalde Juan García Mateos. Y no digamos nada de su devoción por el deporte, por la lucha canaria y el fútbol, por las peleas de gallos, y por todo lo relacionado con el mundo de las aves, especialmente con los pájaros canarios, lo capirotes o los pintos. Se tiraba horas y horas tocando el timble delante de los pájaros, y no sé quién influyó más en quién, porque si unos cantaban sinfónicos y virtuosos, el otro no le iba a la zaga haciéndonos tocar el más óptimo cielo con sus acordes. Y como ya he repetido, tampoco podemos obviar sus dotes culinarias, ni su bonhomía, ni el carácter que le asemejaba a aquellos canariones de antes que cada vez abundan menos por esta isla. Un gran tipo, un personaje de los que perduran.

Un buen hombre que supo ganarse el respeto y el cariño de la gente. Y no es que lo diga yo porque sea su nieto: me lo repiten todos los que le conocieron. Pocas veces he hallado tanta unanimidad a la hora de hablar de alguien. Uno siente un orgullo especial sabiendo que lleva genes tan queridos y tan admirados, sobre todo porque son genes de gente del pueblo, sencilla y trabajadora, de aquellos que empujaron el carro con denuedo y sacrificio para que hoy nosotros pudiéramos vivir un poco mejor.

Al homenajear a mi abuelo se está homenajear a varias generaciones de canarios con un jeito y una forma muy especial de afrontar los tres días que estamos sobre la tierra. Creo que esa condición temporal la tenían bastante asumida, y por eso supieron tomarse las cosas con humor, casi siempre socarrón y cargado de ironía, y al mismo tiempo con una pachorra que frenara la velocidad de los días y de los años; y por supuesto también con palabras y acordes musicales que ayudaran a volver mágicos e inolvidables cada uno de los segundos que fueron viviendo. Mi abuelo procedía de la zona de San Lorenzo, aunque su primera biografía se escribe sobre todo en Arucas. Así como por parte materna mi condición de guense se pierde en la noche de los tiempos, en la paterna jugó mucho el azar, el amor y el espíritu emprendedor de mi abuelo. De San Lorenzo pasó a Arucas a trabajar con su hermano Juan Miguel Gil, que regentaba un negocio parecido al que luego abrió mi abuelo en Guáa. Allí conocí a mi abuela, Cristina Romero Betancort. Hablaba antes del amor porque entre ambos, entre Santiago y Cristina, hubo una apuesta decidida por compartir destino por encima de frenos familiares o distancias sociales. Llegaron a Guáa y mi abuelo abrió el primer negocio casi enfrente de la posterior bodega, en donde estuvo la horchatería, en la misma calle Marqués del Muni. Ya en 1936, azarosamente el mismo día que empezó la malhadada Guerra Civil, el 18 de julio, abrió la actual bodega con el formato de tienda y bar tan propio de muchos negocios de aquellos años en los entornos rurales de Gran Canaria. Durante 70 años allí se fue escribiendo buena parte de la historia de nuestro municipio. Se celebraban alegrías y se lloraban penas.

Mi abuelo Santiago también ayudó en todo lo que pudo a los más humildes durante la época del racionamiento, y llegó a tener el surtidor de gasolina en el que se abastecía la mayor parte de los vehículos que se movían

entre La Aldea y la capital. No se hizo millonario. Nunca fue una persona ambiciosa. Se conformaba con ser feliz y con hacer felices a los demás. Por eso no lo hemos olvidado. Dejé la huella más indeleble que puede dejar uno sobre la tierra: la memoria de una presencia llena de energía y de fuerza vital. En su hija María Cristina (a la que, junto a mi abuela, también quiero sumar a este homenaje), en Toñi, en María Eugenia, y por supuesto en su hijo Chago (que es quien ha sabido mantener la memoria de mi abuelo, de hecho creo que sin su mediación a lo mejor su recuerdo no hubiera perdurado como lo ha hecho), se mantuvieron algunos de sus más recordados gestos y la mayor parte de sus valores. Unos valores que de alguna manera también nos han transmitido luego a los nietos para ayudarnos a ser mejores personas.

Como decía al principio, esta noche no sólo se homenajea a mi abuelo. Junto a él están representados en este acto todos aquellos comerciantes del pueblo que tuvieron negocio en nuestras calles entre los años treinta y los años ochenta. Eran unas tiendas con otro encanto, en buena medida por la peculiaridad y la presencia de quienes las regentaban. Espero que la bodega pueda volver a abrirse como museo y lugar de referencia para los guenses, y también para los que nos visitan desde todas partes del mundo buscando el reclamo de un sitio que entre mi padre, mi abuelo y mi hermano supieron hacer emblemático y tremendamente unido a la propia personalidad y a la imagen de nuestro casco histórico. Más de treinta años después de su muerte seguimos hablando de Santiago Gil Cabrera, de ese Santiaguito el de la bodega, como si estuviera sentado en esta plaza por la que aún resuenan sus pasos ímplices y cercanos, sin duda eternos. Parafraseando a Jorge Manrique continuamos hablando de aquel que aunque la vida perdió, dexónos harto consuelo su memoria. Para seguir recordándolo yo creo que no hay nada mejor que la música. Dicen los que saben del cerebro humano, y yo creo que es algo que podrá corroborar cualquiera de nosotros, que los olores y la música es lo que más raudamente nos coloca en el camino de los recuerdos. Si cerramos los ojos y recordamos aquellos olores que salían desde la cocina del Siete y se colaban por todo el pueblo veríamos sobre la marcha la sonrisa bonachona de Santiago Gil Cabrera. También lo podemos encontrar cada vez que suena un timble llevando acordes de nuestro folclore. Hoy ese honor de llevarnos al ayer le corresponde al grupo Ayres. Les dejo con su música, la misma música que, habiendo vibrado en el corazón de nuestros abuelos, se sigue prodigando milagrosa cada vez que se adueña del espacio y del tiempo de cada uno de nosotros. Muchas gracias. NOTA: Texto íntegro del discurso pronunciado con motivo del homenaje póstumo a su abuelo "Santiaguito el de la Bodega" VER CRÓNICA DEL HOMENAJE (Joaquín Rodríguez) VER GALERÍA DE FOTOS DEL HOMENAJE (Pachi Rivero)

VER
ARCHIVO DE FOTOS (cedidas
por Sergio Aguiar)

MÁS INFORMACIÓN